



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

BOLETÍN ONLINE

PDF descargable | www.anhistoria.org.ar

Año 2, Nº 12 (Octubre de 2013)



Santiago de Liniers

Temario

Nicolás Maquiavelo: 500 años después

Homenaje al Dr. Néstor T. Auza

Homenaje a la Guardia Nacional

Incorporación de Bernardo Lozier Almazán como Académico Correspondiente

Santiago de Liniers: Nuevos aportes biográficos

Novedades Editoriales



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Nicolás Maquiavelo: 500 años después

Por el Académico de Número, Dr. Marcelo Montserrat*

En primer lugar, preguntémosnos por la época, ese tumultuoso siglo XVI que es descrito así por Niccolò, en el capítulo XXV de El príncipe: "En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores a toda humana previsión".

Escribe Ortega en su libro *En torno a Galileo*: "Mi idea es que el llamado Renacimiento representa una gran crisis histórica... Nos encontramos con dos formas de cambio vital histórico: 1) cuando cambia algo en nuestro mundo; 2) cuando cambia el mundo, como en el siglo XVI.

A comienzos de mayo de 1527-Maquiavelo moriría el 22 de junio-, la ciudad de Roma, caput mundi para el orbe católico o la Gran Ramera de Babilonia para los exaltados luteranos, era saqueada cruelmente por los lansquenets alemanes de las tropas del Condestable de Borbón, al servicio del emperador Carlos V, "sedientos de sangre, sexo y oro", como afirma el historiador Robert Hughes.

Más de mil defensores de la ciudad murieron y el mismo Papa Clemente VII debió abroquelarse con un puñado de guardias suizos, en el Castel Sant' Angelo. Habían llegado a su fin los tiempos en que Julio II, tan alabado por Maquiavelo, salía al frente de su ejército, sólo 20 años antes, para salvar el honor de la Iglesia.

Pero el cambio era más profundo y había comenzado en el despertar del siglo con la mordaz diatriba de Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura* o *Elogio de la estupidez*, como algunos traducen hoy el título de la obra. En 1543, la trama de los cielos y la estructura íntima del cuerpo humano mutaron su paradigma. En ese año aparecieron *De revolutionibus orbium coelestium libri sex* del cauteloso Nicolás Copérnico, quien recibió el primer ejemplar en su lecho de muerte, y *De humani corporis fabrica libri septem* de Andrés Vesalio. Época maravillosa de Leonardo acogido por Francisco I, Paracelso evocado por Marguerite Yourcenar en *Opus Nigrum* y del genio deslumbrante de François Rabelais.

Yo mismo accedí a la obra del florentino por su flanco teatral. Siendo muy joven, con aquel talante tiernamente transgresor de mi generación-recuerdo que en su momento apoyaría la fórmula *Matera-Sueldo*- asistí a una espléndida representación de *La Mandrágora*, comedia inspirada en Plauto, en un teatro experimental porteño. Algunos ilustrados franceses objetaron la vulgaridad de la obra. ¡Pobres ingenuos que no podían prever que en los albores del siglo XXI ciertas amas de casa amenizarían sus ocios con *Las cincuentas sombras de Grey* o *La Sociedad Juliette*! Poco después, me deleité con *Los maquiavelistas* de



Retrato de Nicolás Maquiavelo por Santi di Tito.

James Burnham, pulcramente editado por Emecé, libro que aún conservo casi 60 años después.

Por fin llegué al *Príncipe* y a los *Discorsi*, sin obviar el *Arte de la guerra*, con su frustrado diseño de milicias ciudadanas, hito insoslayable entre Sun Tzu y Clausewitz. Frente a mis estudiantes fui forjando mi propio Maquiavelo. Quedé maravillado ante la lección humanista impartida en la carta a Francisco Vettori, escrita el 10 de diciembre de 1513 -hace casi 500 años- en el exilio de Sant' Andrea in Percussina, en la cual oscila entre Petrarca y Suetonio, íntima confesión de quien se definía como *storico, comico e tragico*. Permítanme leer la carta en su centro sustancial.

"...y ahora os diré que es de mi vida... Me levanto de madrugada, con el sol, y me voy a mi bosque, que estoy haciendo talar, donde dedico dos horas a revisar la labor del día anterior, y paso el tiempo con eso leñadores que siempre tienen entre manos alguna cuestión entre ellos o con los vecinos... Me traslado luego por el camino a la posada; converso con los que pasan, les pregunto por las cosas de sus pueblos, oigo muchas cosas y reparo en los gustos variados y en la variada fantasía de los hombres. Llega entre tanto la hora del almuerzo, en que con mi pequeña familia tomo los alimentos que esta mi pobre villa y mi escaso patrimonio me procuran. Cuando he comido, regreso a la posada: ahí están casi siempre, además del posadero, un carnicero, un molinero y dos horneros. Con ellos me engolfo todo el día jugando a los naipes y a los dados, lo que da lugar a mil discusiones y a un sinnúmero de enojos con palabras ofensivas; y las más de las



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Retrato de Dante Alighieri.

veces discutimos por un cuarto, y nuestros gritos se oyen desde San Casiano. Así metido en esas fruslerías, ventilo mi cerebro y me deshago de la maldad de mi suerte, contento de que así me maltrate y hasta con la esperanza de que se avergüence de sí misma... Cuando llega la noche, regreso a mi casa y entro en mi escritorio: en el umbral me quito las ropas de diario, llenas de fango y lodo, y me pongo prendas reales y curiales; y así, decorosamente vestido, entro en las antiguas mansiones de los hombres antiguos, donde, recibido con amabilidad, saboreo el alimento que es el sustento mío y para el cual nació; y allí no me avergüenzo de hablar con ellos, y los interrogo acerca de las causas de sus actos, y ellos humanamente me contestan; y durante cuatro horas no siento molestia alguna: despreocupado de todo afán, no temo la pobreza ni me asusta la muerte; me identifico con ellos. Y como Dante dice que el haber entendido no constituye ciencia si no se conserva el recuerdo de ello, he ido anotando lo que gracias a esa conversación pude acumular, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*..."

No conocemos un testimonio directo que exprese más patética delicadamente una sensibilidad histórica exquisita, frustrado políticamente, volcado con pasión renacentista al antiguo hasta el punto de lograr una profunda catarsis existencial, he ahí a Maquiavelo dialogando con el "otro histórico", como reclama Marrou del historiador, para regresar al presente y otorgarnos *El Príncipe*, esa

suprema lectura de la realidad política de su tiempo y de siempre.

Siempre he pensado que Maquiavelo había meditado sobre la primera estrofa del *Inferno*, traducido entre nosotros por Bartolomé Mitre. Cuando Dante, autor también de un tratado sobre la monarquía, escribía esos versos tenía 35 años y Maquiavelo los leía a los 44.

La segunda apelación personal del florentino siempre me pareció netamente expresada en el capítulo XXV de *El Príncipe*, que trata de la fortuna en las cosas humanas.

"... como nuestro libre arbitrio no se ha extinguido, creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja a nosotros dirigir la otra mitad, o casi". "De igual suerte la fortuna demuestra su poder cuando no hay virtud ordenada que la resista". "En mi sentir prospera todo el que procede conforme a la condición de los tiempos y se pierde el que hace lo contrario". "Si se pudiera cambiar de naturaleza como cambian los tiempos y las cosas, no se variaría de fortuna". "En conclusión: variando la fortuna, y empeñados los hombres en no cambiar de conducta, prosperan mientras los tiempos están de acuerdo con ésta, y, faltando dicha conformidad, se arruinan. Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto,... porque la fortuna como mujer, es siempre amiga de la juventud dado que los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces".

Afirmación esta última, entre los elogios a Julio II, de un machismo genuinamente epocal que Maquiavelo repite en su comedia *Clizia* y que se remonta al *Decamerón* de Boccaccio y quizá, aventuro, al recuerdo ancestral del rapto de las Sabinas. En síntesis, me parece que Niccolò nos



Retrato de Giovanni Boccaccio.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

brinda aquí una equilibrada antropología política tensa entre la virtù -la libido política- y los caprichos del azar -el álea incierta-, que debería ser fuerte de permanente meditación para el teórico y el político.

Llegado a este punto sobreviene inevitablemente



Retrato de Lorenzo de Medici.

la pregunta: ¿cuál es el más auténtico Maquiavelo? Si la palabra polisémico no se hubiera tornado un tanto kitsch, bien se podría aplicar al florentino y al abanico de sus actuales intérpretes ¿Es el teórico de la economía y de la distribución de la violencia, aquel que odia la centrifugación del poder y a sus agentes, los nobles y los condottieri, según Sheldon S. Wolin en su libro Política y perspectiva, en una situación que tendría un correlato análogo en el Japón anterior a la Renovación Meiji, con sus daimios y samurais? ¿Es el republicano crítico de Claude Lefort basado en los Discorsi, a mi juicio uno de los analistas más profundos del florentino? ¿O es el republicano acendrado de J. Pocock; o el padre del nacionalismo moderno que decía amar a su patria más que a su propia alma, analizado por Gerhard Ritter sobre la base del capítulo final de El Príncipe, leído en los sótanos de la Gestapo berlinesa: o el pensador que funda el bien en el mal, como afirma críticamente Pierre Manent, o bien el historiador a veces contradictorio que estudió nuestro José Luis Romero?

En 1514, cuando Maquiavelo pensaba ofrecer El Príncipe a Lorenzo de Medici, duque de Urbino, Alberto Dureró concluía su célebre calcografía Melancolía I, mirada premonitoria -me parece sobre la incipiente modernidad, con sus compases, su esfera y su inquietante poliedro, como si presintiera que los sueños de la razón engendran

monstruos, al decir de Goya. Era la época en que el conquistador español Vargas Machuca podía decir: "A la espada y al compás, más y más y más y más".

Quizá la sonrisa de Maquiavelo sobre la que gira la magnífica biografía de Maurizio Viroli, no sea la de un escéptico o la de un indiferente, sino la de un melancólico, es decir la de un creador consciente de sus límites y de las veleidades de la fortuna. Similar conclusión puede extraerse de la más reciente biografía, Maquiavelo de Corrado Vivanti. En la dedicatoria de El Príncipe, Maquiavelo -il Machia de sus jóvenes amigos de los Orti Oricellari- alude a su lunga esperienza delle cose moderne, pero al final de su vida, y Dureró lo habría acompañado, recurrirá una vez más a su amado Petrarca: "arrepentirse y conocer claramente que cuanto gusta en el mundo es breve sueño".

Niccolò murió el 21 de junio de 1527, tras confesarse con un tal fray Matteo. Recibió sepultura al día siguiente en la iglesia de Santa Croce, donde en 1787 Innocenzo Spinazzi erigió el monumento funerario. Sobre el puede leerse esta inscripción: Tanto nomini nullum per elogium, que traduzco flexiblemente con el auxilio de la profesora Carmen Tuchi -Tarditi: Ningún elogio puede ser semejante a tanta celebridad.

Il Machia está bien acompañado en su descanso final, él que había presenciado la ejecución pública, a horca y fuego, del dominico Girolamo Savonarola, en mayo de 1498. Casi a su lado se eleva el cenotafio de su admirado Dante y en la nave izquierda de la basílica reposan los restos del iracundo Galileo Galilei, mientras lateralmente el esplendor del Giotto ilumina los espíritus.

La primera vez que visité Florencia, hace ya muchos años, caminé desde Santa María dei Fiori, el domo más elegante de la cristiandad debido al genio de Brunelleschi, hasta la basílica de Santa Croce, donde dejé una rosa roja sobre la lápida de Niccolò. Al trasponer el atrio, vinieron a mi memoria las voces de Shakespeare: "the seeds of Time" y de Leopardi: "come è fatto il sapere". Ya en la plaza, me sentí transido por el insidioso polen de la primavera y me puse a admirar el armonioso andar de las florentinas, descendientes legítimas de las de Botticelli y las de Ghirlandaio. Fue entonces cuando sentí vehemente, más allá de toda melancolía, un imperioso deseo de vivir.

**Palabras pronunciadas en la sesión privada de la Academia, del 8 de Octubre de 2013.*



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Homenaje al Dr. Néstor T. Auza

Por el Académico de Número, Dr. Víctor Tau Anzoátegui

Recuerdo la relación afectuosa que me había unido como también la labor intelectual desarrollada por él.

Probablemente, algunas de las obras del doctor Auza serán de aquellas que sobreviven a la muerte del autor, como ejemplo las que escribió sobre el catolicismo, especialmente el libro *Católicos y Liberales*, que fue notable para su tiempo. En dicha obra el doctor Auza reveló, a través de fuentes periodísticas de la época, el clima de luchas reinante en el siglo XIX, durante la década del ochenta.

El doctor Auza fue un cultivador de lo que puede denominarse "historia de la Iglesia" y escribió páginas muy importantes sobre algunas de sus principales figuras.

Auza fue un destacado miembro de la carrera de investigador científico del CONICET y ocupó funciones directivas en ese organismo. Fue muy importante la contribución prestada durante varias décadas en nuestra Academia, desempeñando con responsabilidad y eficacia las actividades, funciones y tareas que le fueron encomendadas. Se relación con los colegas fue siempre afectuosa e impregnada de un generosa transmisión del saber.

En cuanto a su actividad docente, tenemos testimonio de sus alumnos, que la ejercía con una gran pasión; ellos describen al doctor Auza como un docente de gran carisma y dedicación.

Tal como se ha hecho con otros miembros fallecidos la Academia podría, en este caso, preparar una bibliografía a fin de publicarla en el Boletín y, seguramente, a raíz de eso aparecerían algunos artículos suyos que fueron olvidados pues no se recopilaron en libros posteriores.



Aunque el doctor Auza estaba enfermo, nadie imaginaba este desenlace ya que había asistido a las sesiones hasta poco tiempo antes de su fallecimiento.

Es doloroso haber perdido a un colega de gran envergadura, sumamente estudioso y trabajador. Agradezco al Presidente por haberme encomendado la tarea de recordar al colega fallecido.

Homenaje a la Guardia Nacional

La Academia Nacional de la Historia y el Instituto de Historia Militar Argentina, realizaron un Acto Académico en Homenaje a la Guardia Nacional, el 24 de octubre, en el Antiguo Recinto del Congreso Nacional.

En dicha oportunidad, disertaron el Doctor Miguel Ángel De Marco, Presidente de la Academia Nacional de la Historia; y el General de Brigada (R) "VGM" Diego Alejandro Soria, Miembro de Número del Instituto de Historia Militar Argentina. El acontecimiento fue acompañado por la banda militar del Regimiento de Patricios.

Al finalizar el evento se sirvió un vino de honor.





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Incorporación de Bernardo Lozier Almazán como Académico Correspondiente

El martes 8 de octubre, se incorporó el señor Bernardo Lozier Almazán como académico correspondiente en la provincia de Buenos Aires. El acto se realizó en el antiguo recinto del Congreso Nacional.

La Apertura del mismo estuvo a cargo del Presidente, doctor Miguel Ángel De Marco, quien entregó al recipiendario el collar, medalla y diploma de académico correspondiente. A continuación el académico de número, doctor Carlos Páez de la Torre (h) dio un discurso de recepción.

Al finalizar, el señor Bernardo Lozier Almazán pronunció una ponencia sobre: *"Santiago de Liniers: Nuevos aportes biográficos"*.





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Santiago de Liniers: Nuevos aportes biográficos

Por el Académico Correspondiente, Sr. Bernardo Lozier Almazán

Como bien sabemos, distinguidos historiadores de nuestro ámbito, mediante sus envidiosos trabajos de investigación, nos dieron a conocer las primeras aproximaciones a la biografía del prócer, como lo fueron Paul Groussac, con su obra titulada "Santiago de Liniers", editada allá por 1907, todavía hoy de consulta; Exequiel César Ortega, con "Liniers una vida frente a la gloria y a la adversidad", editada en 1944, y la de Liniers de Estrada, autor de "Santiago de Liniers el último virrey del imperio", editada en 1947.

Aquellos primeros historiadores de Liniers, fueron sucedidos ya en tiempos más cercanos por otros investigadores, cuyas numerosas contribuciones han aportado mayor abundamiento biográfico. Recordemos sólo algunos de ellos, como Marcos de Estrada, Laurio Destéfani, José Luis Molinari, Julio César González, Mario Serrano, Mario Corcuera Ibáñez, y tantos otros que, en su conjunto, nos dieron a conocer mayores conocimientos de la fascinante personalidad y bizarra actuación del héroe de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires. Seguramente, quienes hemos incursionado en tan profusa bibliografía, habremos advertido que sus autores, y entre ellos me incluyo, veníamos incurriendo en un pronunciado vacío historiográfico respecto al período anterior a su arribo al Río de la Plata, o sea de los dos primeros tercios de su existencia.

Felizmente, las disciplinas historiográficas se nutren continuamente de nuevos aportes, que los estudiosos producen en sus incansables búsquedas, o cuando el azar –fiel aliada de los investigadores– pone en nuestras manos sorpresivos hallazgos documentales, por lo general celosamente guardados u olvidados en el ámbito particular, como veremos seguidamente.

Acorde con lo que nos hemos propuesto, no nos detendremos para recordar la actuación de Liniers en el Río de la Plata, como comandante general del Apostadero de Montevideo, gobernador de las Misiones, jefe de la Escuadra rioplatense, héroe de la Reconquista de Buenos Aires, penúltimo virrey del Río de la Plata, y jefe del alzamiento contra la revolución de mayo de 1810 con sus fatídicas consecuencias que –como decíamos– fue ampliamente tratado por no pocos historiadores de nuestro medio, incluso por eminentes académicos de esta Institución.

Por tal razón –en cambio– haremos referencia de muy recientes aportes que, en su conjunto, nos amplían los escasos conocimientos que teníamos de su actuación previa a su arribo al Río de la Plata. Con tal premisa, debemos reconocer el tan sorprendente como maravilloso hallazgo de once reveladoras cartas, dirigidas por Liniers a su padre, a su hermana, María Teresa Enriqueta, y a su cuñada Charlotte Le Normand d'Toiles, la esposa



Retrato de Santiago de Liniers.

de su hermano Luis, a la sazón residentes en Francia.

Este verdadero tesoro testimonial, permaneció celosamente guardado durante más de dos siglos, en el archivo familiar de una rama francesa de los descendientes de Liniers.

Fue Louis du Roure, esposo de la heredera de estas cartas, quien las exhumó para darlas a conocer en una edición privada.

La traducción al español, de estas epístolas originalmente escritas en francés, fue realizada de manera impecable, por nuestro amigo, Javier de Liniers, descendiente directo de nuestro prócer en la rama española.

Fruto de aquel enorme esfuerzo realizado por Javier de Liniers, fue la obra recientemente editada en España, titulada "Santiago de Liniers, Virrey del Río de la Plata. A través de su correspondencia familiar", que contiene las tan reveladoras cartas.

Antes de referirnos al contenido de la colección epistolar, no está de más recordar, que por aquellos días, Santiago de Liniers, había ingresado a la Marina Real española, en virtud del "Pacto de familia", que unía las dos casas de los borbones, la de Luis XV, de Francia y la de Carlos III, de España, que concedía la igualdad de derechos y obligaciones para los militares de ambos reinos.

Para comenzar con nuestra reseña, nos referiremos a la primera carta de la rescatada colección, fechada el 22 de julio de 1775, a bordo del navío San José, anclado por aquel entonces en la bahía de Alicante. Santiago de Liniers, por aquellos días edecán del príncipe Camilo de Rohan, le relata a su padre el catastrófico asalto a las posesiones argelinas.

En esta extensa carta, Liniers, le informaba que durante el frustrado intento, habían recibido "más



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

de 60 impactos de cañón en el cuerpo del navío, la mayor parte de los cuales atravesaba el casco de banda a banda”, mencionando también que el intento contra los argelinos les había significado la muerte de 2.000 efectivos y 4.000 heridos.

Liniers concluye su carta relatando que regresaban a España “llevando a bordo los heridos de mayor gravedad que murieron casi todos en la travesía, en parte porque los moros habían disparado con balas de cobre [...] y en parte también por el fuerte calor reinante y los escasos cuidados que recibieron desde el principio”.

Liniers, además de describir con patético realismo detalles conmovedores de aquella frustrada campaña naval, también –sin advertirlo– estaba relatando su “bautismo de fuego” bajo el pabellón español, con aspectos hasta ahora totalmente desconocidos.

Como todos sabemos, durante el año de 1776, Carlos III debió enfrentar la grave amenaza que se cernía sobre sus dominios en el flamante Virreinato del Río de la Plata, razón por la cual organizó aquella fenomenal expedición que, al mando de don Pedro de Cevallos, estaba integrada por más de cien navíos, con el fin de poner freno al voraz expansionismo portugués.

Aquella poderosa expedición, también le ofreció a Liniers, flamante alférez de fragata, otra gran oportunidad para distinguirse en los comienzos de su carrera naval. Ello fue posible debido a que logró el nombramiento como segundo capitán del bergantín de 10 cañones Hoop, en el que zarpó desde el puerto de Cádiz el 13 de noviembre de 1776 con destino a las costas de Brasil.

Así fue como, el 23 de mayo de 1777, intervino exitosamente en la toma de la isla portuguesa de Santa Catalina, operación en la que no se perdió un solo soldado. Al respecto, Liniers le comenta a su padre que “sin ningún problema nos hicimos dueños de una isla que habría costado mucha sangre [...] a poco que los enemigos hubieran hecho algo de resistencia”.

En otra carta, también enviada a su padre, le describe el resultado de un relevamiento geográfico y descriptivo de la flora y fauna que realizara durante su corta permanencia en Santa Catalina. Estudio este que nos revela otro aspecto desconocido de sus capacidades.

Obtenida la capitulación de Santa Catalina y dejándola ocupada con una guarnición de 3.000 hombres, don Pedro de Cevallos –cumpliendo las instrucciones reales– dispuso que la flota española se dirigiera al Río de la Plata, donde Liniers intervino en la ocupación de Maldonado, Montevideo, Colonia de Sacramento e isla de San Gabriel. También le permitió conocer Buenos Aires acompañando a Pedro de Cevallos cuando, el 15 de octubre de 1777, debió asumir su efímero cargo de Virrey del Río de la Plata.

Aquí debemos hacer un alto, para reconocer uno de los más importantes aportes a la biografía de Liniers, que nos pone al descubierto la tan novedo-

sa correspondencia, objeto de esta contribución.

Decimos esto con énfasis, porque si revisamos las obras biográficas referidas a Santiago de Liniers, desde el tan lejano Paul Groussac hasta el presente, entre los que también me incluyo, no encontraremos mención alguna de esta su primera presencia en Buenos Aires.

Felizmente para los historiadores, Liniers, a su regreso y todavía a bordo del bergantín Hoppe ya fondeado en Cádiz, le escribe a su padre, con fecha del 25 de agosto de 1778, anunciándole que: “Acabo de llegar a este puerto después de 108 días de navegación [...]”, y seguidamente, demostrando su acendrada fe religiosa le informa que: “Lo primero que he hecho a mi vuelta ha sido recibir los sacramentos para darle gracias a Dios por haberme preservado de tantos peligros”, y concluye pidiéndole que: “Dígnese mi querido papá ... trasladar a toda la familia mi profundo respeto y créame absorto por el honor de pertenecer a ella”.

Pocos días después, Liniers le envía a su padre una magnífica crónica que titula “Relación de la expedición hecha por su Majestad Católica a la América Meridional en los años 1776, 1777 y 1778”.

Dada su extensión, solamente haremos una brevíssima lectura de la descripción de su primera visión de Buenos Aires, cuando decía que “se encuentra situada a orillas del río de la Plata [...], de tal manera que siempre reina una continua primavera. La ciudad –sigue diciendo– está muy bien proporcionada y es tan grande como Poitiers, todas las calles están diseñadas en línea [...]. Sus habitantes son las personas más afables que nunca haya visto en ningún sitio. Alrededor de la ciudad se encuentran los campos más bellos que se puedan ver, tanto por su situación como por la fertilidad de sus tierras”.

El texto, que se extiende a lo largo de numerosos folios, se refiere también a la presencia indígena, mencionando que: “Yo he visto en Buenos Aires a muchos indios que llevan a vender plumas de avestruz pintadas de diferentes colores. Normalmente emplean el dinero que recaudan con sus ventas a comprar el aguardiente que les gusta con locura”.

De la lectura de su crónica se infiere que Liniers supo ver, captar y describir minuciosamente aspectos etnográficos, económicos y costumbristas rioplatenses, de indudable valor testimonial.

Pero por sobre todo, en el campo de la historiografía, es la primera evidencia de su temprana presencia en Buenos Aires. Además nos sugiere que Liniers, sin saberlo, se llevaría grabado en su retina el escenario que el destino le tenía reservado para su más gloriosa actuación.

Espigando en su correspondencia, también nos encontramos con otra significativa carta, en la que relata su participación en el asedio de Gibraltar de 1782. Recordemos que por aquel tiempo, España intentó recuperar las fortalezas del Peñón de Gibraltar, en manos de los británicos desde 1704.

Aquel ambicioso plan consistía en un ataque por tierra, que además contaría con el apoyo naval de una poderosa escuadra formada por setenta y



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

cuatro navíos, al mando del célebre almirante Luis de Córdoba.

En uno de aquellos navíos, la batería flotante "Tallapiedra", participaría el ahora teniente de navío, Santiago de Liniers a las directas órdenes del Príncipe de Nassau.

En carta a su padre, Liniers le informaba que; *"El 13 de septiembre de 1782, a las seis de la mañana estuvimos en situación de responder al fuego terrible de granadas, balas rojas, balas en rama, bombas y balas de artificio que los enemigos tiraban particularmente sobre nosotros [...] por encontrarnos más cerca que los demás"*.

Liniers continúa describiendo, con lujo de detalles, aquella batalla en la que, luego de afrontar durante diez y siete horas el fuego de los británicos, una bala roja desató un terrible incendio a bordo de la "Tallapiedra", razón por la cual cuenta que: *"Yo me tiré al agua y abordé una chalupa que por suerte conseguí abordar al navío para salvar al resto de aquellos bravos marinos"*, poco antes de que la "Tallapiedra" se fuera a pique.

Como vemos, estas cartas nos están recreando aspectos totalmente desconocidos de la actividad militar de Liniers, antes de que viniera nuevamente al Río de la Plata, para quedarse hasta el fin de sus días.

Por aquel entonces, Liniers, joven treintaero, había conocido una bella dama, llamada Juana Úrsula de Membielle, con quien pretende casarse, por lo que le escribe a su padre anunciando su intención y pidiéndole su consentimiento, como se acostumbra por aquellos días.

La extensa carta, que le enviara con tal propósito, nos aporta algunos aspectos de sus intenciones matrimoniales, cuando le dice: *"La señorita de Membielle tiene veinte años y no tiene más que un hermano con el que comparte una fortuna considerable que su padre, gentilhomme bearnés, les ha dejado en efectivo y en dos fincas a dos leguas de Málaga"*. Más adelante agregaba: *"No ignoráis, querido padre, que en este país el comercio no está reñido con los títulos nobiliarios"*.

También le manifestaba que: *"Yo os he indicado tiempo atrás que mi vocación no me llamaba en absoluto al celibato y en consecuencia, no podría esperar jamás haber encontrado una ocasión tan favorable como esta para dejar la soltería"*. Al fin –como en los buenos cuentos– los novios contrajeron matrimonio el 21 de febrero de 1783, en la casa de la contrayente, ante el capellán militar.

Luego de aquel intermezzo romántico, el flamante esposo tuvo pocas posibilidades de ejercer su profesión militar, debido a que España había firmado la paz con sus principales enemigos, razón por la cual Liniers, en uso de licencia, pudo permanecer en el hogar malagueño de los Membielle.

Fruto de aquella sosegada vida marital fue su primer hijo, que vio su primera luz el 13 de noviembre de 1783, en Málaga, siendo bautizado al día siguiente con los abundantes nombres de Luis Santiago José Juan María Eugenio de Liniers y Membielle.

Acerca de los últimos años de Liniers transcurridos en el Viejo Mundo, el revelador epistolario que venimos espigando, nos aporta algunos testimonios que nos pone al descubierto los motivos que lo impulsaron a establecerse en el Río de la Plata con su familia.

Todo comenzó cuando en 1786, por motivos disciplinarios fue objeto de un proceso que concluyó en un severo apercibimiento. Hecho que le produjo una profunda pesadumbre por el menoscabo de su tan honorable actuación militar.

A todo esto, en aquel mismo año de 1786, el 11 de junio, recibió la triste noticia de la muerte de su querido padre, a quien lo unía una afectuosa relación, según lo testimonia la correspondencia que estudiamos.

Tal vez la providencia, en sus misteriosos designios, le dio la posibilidad de poner distancia a tan tristes circunstancias, avisándole que la fragata Santa Sabina partía rumbo al Río de la Plata. Tomada la resolución se embarcó con su mujer, su pequeño hijo Luis y una criada. Tremenda determinación, que sellaría su ingrato destino en estas tierras, a las que arribó el 3 de septiembre de 1788.

De aquí en adelante, la biografía de Liniers –como decíamos al principio– ha sido muy bien estudiada por los historiadores argentinos, razón por la cual no nos referimos a su tan destacada actuación rioplatense, que tuvo su trágico desenlace aquel 26 de agosto de 1810.

De tal manera, hemos dado a conocer, en forma por demás sucinta –en beneficio de los presentes– estas novedades biográficas que, en su conjunto, significan un verdadero aporte al conocimiento de la figura de quien fuera el épico protagonista de la Reconquista de Buenos Aires, Virrey del Río de la Plata, conde de Buenos Aires por concesión de la Corona española, fiel a Dios y a su Rey hasta sus últimas consecuencias: Héroe y mártir, triunfador y derrotado –que son las vicisitudes propias del guerrero– pero jamás desertor de sus principios.



Retrato de Santiago de Liniers.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Novedades Editoriales

Reciente publicación

Grupo de Investigación de Historia Militar, "Guerra de Independencia. Una nueva visión", Buenos Aires, Emecé, 2013.

Este libro ofrece un nuevo y original enfoque sobre la guerra de la independencia argentina y sus proyecciones sudamericanas, pues no se limita a la mera enunciación de hechos bélicos sino que indaga con profundidad en los distintos aspectos que se relacionan con aquella gigantesca epopeya que comenzó en 1810 y sólo concluyó catorce años más tarde en la batalla de Ayacucho. Aquí se estudian las condiciones políticas, el panorama internacional, la creación y el desarrollo de las instituciones castrenses, el pensamiento militar, la tecnología bélica y de apoyo logístico, tanto en lo que se refiere a las fuerzas terrestres como navales que intervinieron.



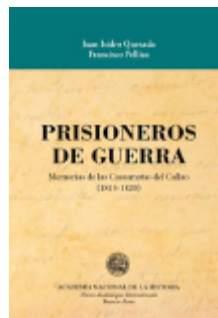
Ignacio Martínez, "Una Nación para la Iglesia Argentina", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

A comienzos del siglo XIX la idea de nación estaba lejos de representar lo que conocemos hoy por Nación Argentina. Por su parte, la Iglesia católica se encontraba amalgamada con la sociedad a tal punto, que es difícil identificarla como un actor histórico concreto. Las instituciones estaban atravesadas por la religión, por su sensibilidad y sus normas. Incluso las corrientes ideológicas que luego serían asociadas al impulso laicista, como la ilustración, eran absorbidas y difundidas dentro de la matriz católica. Por ello, más que determinar si la Nación Argentina se formó gracias o a pesar de la Iglesia católica, es necesario estudiar la simultánea conformación de la Iglesia y del Estado nación en el actual territorio argentino a lo largo del siglo XIX. Este libro estudia ese proceso orientado por algunas preguntas fundamentales: ¿qué facultades intentaron ejercer las nuevas autoridades, provinciales y nacionales, sobre las instituciones católicas? ¿En qué medida lo consiguieron? ¿Qué roles le asignaron a la religión católica en el nuevo orden político y legal luego de la revolución de mayo? Para responder estos interrogantes Martínez analiza los conflictos jurisdiccionales que disparó la cuestión eclesiástica en un largo período, que va desde 1810 a 1865, y en el amplio espacio geográfico ocupado por las denominadas provincias históricas. Esas disputas nos hablan no sólo de las formas específicas que presentó el proceso de secularización en la actual Argentina, sino también de los límites que encontraron los ensayos de construcción estatal tras la ruptura del vínculo colonial.



Juan Isidro Quesada - Francisco Pelliza, "Prisioneros de Guerra", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013, pp. 130.

A raíz de su correspondencia con su contemporáneo el general Jerónimo Espejo, el coronel Juan Isidro Quesada decidió ordenar y poner por escrito sus memorias de juventud sobre su larga prisión en las Casamatas de la fortaleza realista de El Callao. También requirió los recuerdos de su amigo el mayor Pelliza, quien se los remitió y se conservaron en su archivo. Ambos textos, principalmente el más extenso de Quesada, constituyen unas de las muy escasas narraciones sobre la vida de los militares patriotas que vivieron la pesadilla de las cárceles militares de aquella época. Su relato no se limita a la vida en aquella prisión sino que cuenta en detalle su traslado, desde el momento en que fue hecho prisionero en el Alto Perú, hasta su llegada a El Callao. Pese a vestir el uniforme de oficial, Quesada era apenas un adolescente, en cuya mente se grabaron para siempre detalles muy puntuales de las situaciones que atravesó, lo que da más color a sus memorias, que Pelliza complementa muy útilmente.



"Investigaciones y Ensayos (enero – diciembre 2010)", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010, pp. 632.

Investigaciones y Ensayos es la publicación periódica de la Academia Nacional de la Historia. Las colaboraciones se reciben hasta el día 30 de septiembre de cada año.

El número 59 cuenta con las contribuciones de: Adriana M. Alzate Echeverri, Samuel Amaral, Néstor T. Auza, Fernando E. Barba, Claudio Belini, Juan José Benavides Martínez, Luis María Caterina, Alejandro A. Damiánovich, Alberto del Pino Menck, Enrique R. Dick, María del Carmen Ferreyra, José María Mariluz Urquijo, Carlos A. Page, Hebe C. Pelosi, María Cecilia Páez, Rodolfo A. Raffino, Marco Giovanetti, Paola S. Ramundo, Marcelo Rougier, Hernán A. Silva y Marcelo Summo.



Cesar A. García Belsunce, "Pertenenencias Extrañas. Libros en Buenos Aires en 1815", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

La obra hace referencia al antiguo concepto del "extrañamiento con nota de indignidad" que se practicaba en la época medieval y a comienzos de la edad moderna. En 1812, el gobierno revolucionario, a través de un decreto, aplicó dicho concepto a aquellos españoles que eran enemigos de la revolución, dando lugar a exilios y al apoderamiento de sus bienes. Eso no tuvo mayores efectos en Buenos Aires pero sí en Montevideo cuando las fuerzas patriotas tomaron la plaza en 1814, continuó diciendo. En ese contexto, gran cantidad de bienes fueron incautados bajo la categoría de "pertenenencias extrañas" como, por ejemplo, cereales, armas, telas y libros. De este último aspecto trata el libro, es decir, de los más de 4.000 volúmenes que fueron embarcados en Montevideo con destino a Buenos Aires, donde fueron vendidos a través de procedimientos que el autor calificó de dudosos y desprolijos. A partir de un trabajo de investigación realizado hace una treintena de años en el Archivo General de la Nación, el autor tomó contacto con varios legajos referidos a este tema, entre los cuales halló un inventario de multitud de libros de las más diversas materias traídos desde Montevideo a Buenos Aires. En su gran mayoría, dichos libros fueron vendidos con destino desconocido o entregados a la Biblioteca Pública para enriquecer su acervo, en menor medida, por orden del gobierno de Buenos Aires. Esta obra no pretende hacer un estudio de la influencia de esos libros en el mundo de las ideas, sino constituir un instrumento de utilidad para quienes aborden esta área de investigación.

